

Que quien gobierna se debe
Al Estado y no a sí mismo,
Y padre de sus vasallos
Es antes que de sus hijos.

Si anhelas que mensajero
Nuestro se ponga en camino
Para hacer al rey patentes
Tus depravados designios,

Dígale de nuestra parte
Que sin vacilar, su oído,
Ante el deber y el decoro,
Cierre a la voz del cariño;

Y a tus propuestas responda
Cual cumple a un monarca digno,
A tu deslealtad infame
Aparejando el castigo.»

No bien los príncipes callan
Cuando trémulo, cenizo
De ira el semblante, hace el viejo
Fatal seña a los esbirros.

Los jóvenes que comprenden
Su mandato, con ahinco
Le dicen al par:—Costumbre
En estos pueblos ha sido

Armas dar al prisionero
De noble estirpe a quien signo
Aciago a morir arrastra,
Para que muera con brillo.

Danos *miquahuitl* y escudo,
De la lid señala el sitio,
Y allí, por medio de sogas
En el terreno un pie fijo,

Nos hallarán tus guerreros,
Siempre en lucha igual vencidos,
Si es que desnudo les pone
Ver al contrario con grillos.»

Sin que el señor les responda,
Se alzan dos mazas de encino
Dellos detrás, y en la nuca
Descárganles de improviso.

Vinieron los dos al suelo
Privados ya de sentido,
Y por narices y boca
De sangre arrojando ríos.

La plebe feroz aplaude
El asesinato inicuo,
Y un haz horrible formando
Con los cadáveres cinco;

Haz de tronchadas espigas
Que anunciaban fruto opimo
En ciencia, valor, ingenio
Para su nación perdidos,

Sobre la estera lo pone
Y en desorden inaudito,
Cargándola, del palacio
Invade a poco el recinto.

A otro día con el alba
Arribó, cual hemos visto,
Matlalcihuátzin a Chalco
Llevando joyas consigo,

A negociar el rescate
De los jóvenes, movido
Su corazón del deseo
De inflamar en amor vivo

Al rey, haciendo patentes
Con caracteres prolijos
Su adhesión acrisolada
Y su generoso brío.

Y, no bien puso en la orilla,
De la sandalia ceñido

El pie breve, y de su rostro,
Gracioso cuanto expresivo,

Quiere ocultar con el manto
De más candor que el armiño
A los curiosos que pasan
El incomparable hechizo;

Cuando la cercan y obligan,
Más descorteses que finos,
A que descubra el intento
Que a la ciudad la ha traído.

—Quiero hablar a Toteótzin,
En dulce tono les dijo;
Mas, receloso el tirano,
Tras el júbilo maligno

Que hallar pudo en la venganza,
Previó con certero instinto
Sus resultados, y el pecho
Abrió al temor del castigo.

Y en el templo fué a encerrarse
Donde turba de adivinos,
Al viento la cabellera,
El cuerpo en almagre tinto,

De codornices y liebres
Ofrecen, conforme al rito,

La cabeza y las entrañas
De Huitzilopóchtli al ídolo.

Allí durante dos días
Presencia los sacrificios,
Repite las abluciones
Y ayuno guarda continuo.

Inquiere si de la guerra
El dios le será propicio,
Y el *topilzin* le responde
En términos harto ambiguos.—

En tanto Matlalcihuáztin,
No sin inquietud su espíritu,
En vasta alcoba decente
Donde le dieron asilo,

Comparte las horas largas
Entre el sueño y el fastidio,
De hablar al viejo aguardando
El momento apetecido;

Sin que a las varias preguntas
Que a los domésticos hizo,
De príncipes y señores
Saber queriendo el destino,

Otra respuesta hayan dado
Que hacerla entender por signos

Que a los esclavos cual ellos
Está el silencio prescrito.

Cuando en la noche salía
Con ánimo más tranquilo
Del templo el señor de Chalco,
Las gentes que a su servicio

Están, de que ilustre joven
Desde Texcuco ha venido
Por hablarle y que le aguarda,
Llévanle oportuno aviso.

Sospecha el tirano al punto
Que sabedor su vecino
De que cayeron en manos
De los chalqueños, sus hijos,

Proposiciones le envía;
Y, con su odio engreído
Y entero crédito dando
A los falsos vaticinios

Que en hacerle no anduvieron
Sus cortesanos remisos;
Queriendo que su venganza
Conozcan sus enemigos,

Y a rechazar sus ataques
Estando resuelto él mismo,
Manda que alumbren y adornen
Con inusitado aliño

La sala donde embajadas
Diversas ha recibido,
Y a su presencia conduzcan
Allí a la joven. Activos

Los servidores hicieron
Lo que el tirano les dijo;
Y, al abrirse el ancha puerta,
Con aspecto peregrino,

Hasta las gradas del trono
Que paños alfombran ricos,
Llega la gentil princesa,
Serenos el semblante lindo.

La frente inclina tres veces,
Pone en el suelo un cestillo
Con joyas, preciadas telas,
Plumas, copal exquisito;

Y en grato acento que iguala
De un ave en la selva el trino,
—Señor, exclama, habéis presos
Séres que me son queridos.

Nobles de virtud dechado
Al gran Moctezuma adictos,
Vástagos de real extirpe
Que todavía son niños

Y de Acolhuacán a un tiempo
La esperanza y el hechizo,
Cazando en los vastos montes
A vuestro Estado contiguos,

En traidora red cayeron
Como animales dañinos,
Con mengua de vuestra fama
Que es de los buenos ludibrio.

Os traigo aquestos presentes
Por su libertad que os pido;
Y así en la paz y en la guerra
De favores infinitos

El cielo os colme si agora
Mostráis corazón benigno,
Con mi gratitud ganando
La de tres reyes que han sido

De Chalco azote, y su apoyo
Serán de hoy más y su abrigo.
—¿Quién eres tú? con voz débil
Pregunta el viejo enfermizo.

—Hija de TotoquiHuáztin,
Y a quien próspero destino
Lleva de Nezahualcóyotl
Al trono de alto prestigio.

—Alzad las joyas, princesa,
Decid a vuestros caudillos
Que sus ofertas desprecio,
Que su poder desafío.

Merced al instante os hago
De los prisioneros cinco,
Bien que de su nuevo empleo
Cumpliendo estén los oficios.

De recobrar Moctezuma,
Vuestro orgulloso padrino,
A sus nobles, va a deberos
El singular beneficio;

Y en cuanto a los de Texcuco
De extirpe real nacidos,
Tendréis en ellos, princesa,
De vuestra boda testigos.

Cargad con ellos si os place.
—¿En dónde están?—Aquí mismo.
Y con mano temblorosa
Señala el déspota impío

Sus cadáveres salados
Hilera formando, fijos
Contra el muro, y en la diestra
Teniendo rajas de pino

Encendidas, con que alumbran
Sus propios semblantes lívidos,
Las descompuestas facciones,
Los ojos como de vidrio.

Matlalcihuáztin de pena
Sintió cortante cuchillo
Creyendo que se han prestado
A tan odioso capricho.

Se acerca para afearlos
Su proceder imprevisto,
Y al verles desfigurados
Lanza de terror un grito;

Y, de la verdad horrenda
Ante el insondable abismo,
Estremécese y vacila
Dudando de sus sentidos.

La voz del tirano infame
Sacóla de su extravío.
—Cargad con ellos, repite;
Mas la princesa, al oírlo,